

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuizas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».*

Esta parábola nos enseña dos lecciones importantes:

**La importancia de la preparación.** Al igual que las vírgenes prudentes, debemos estar preparados para la venida del Señor en nuestras vidas. La preparación espiritual es esencial. Esto implica nutrir nuestra relación con Dios, vivir de acuerdo con sus enseñanzas y mantener nuestras lámparas espirituales encendidas. No debemos posponer nuestra búsqueda de Dios o la reconciliación con Él. La preparación es un acto de amor y responsabilidad hacia nuestro Señor.

**La incertidumbre del tiempo.** La segunda lección es que no conocemos el momento exacto de la venida del Señor. Así como las vírgenes no sabían cuándo llegaría el esposo, nosotros tampoco sabemos cuándo enfrentaremos a Dios en nuestras vidas o en el retorno final de Cristo. Por lo tanto, debemos vivir cada día como si fuera el último, manteniendo nuestras lámparas encendidas con una fe activa y una vida de virtud.

Esta parábola nos llama a la preparación constante y a la vigilancia espiritual. Nos recuerda que nuestro encuentro con Dios es un tesoro que debemos buscar y valorar en todo momento.

Pidamos a la Virgen María que sepamos mantener nuestras lámparas encendidas con la luz de la fe y del amor, listos para recibir al Señor que viene a nuestro encuentro cada día, y prepararnos así para el día final.